

cen reparables por un manto tosco, un calzado sencillo, una barba larga, un palo grueso, una marcha lenta, y si puedo decirlo, por todo el aparato de la modestia. Los conatos de los primeros, ceñidos á llevarse la atencion, chocan todavía menos que los de los segundos, que van directamente contra nuestra estimacion. He oido á gentes de talento tratar de insolencia esta afectada sencillez, y ciertamente tenían razon. Toda pretension es una usurpacion; porque nosotros tenemos por pretensiones los derechos de los demas.



CAPITULO XXI.

DE LA RELIGION, DE LOS MINISTROS SAGRADOS, Y DE LOS PRINCIPALES DELITOS CONTRA LA RELIGION.

Aquí solo se trata de la religion dominante; y en otro lugar referiremos las opiniones de los filósofos acerca de la divinidad.

El culto público se funda en esta ley: « honrad en público y privadamente á los dioses » y á los heroes del pais. Ofrezcales cada uno todos los años las primicias de sus cosechas, segun sus facultades y los ritos establecidos.

Desde los tiempos mas remotos se habian multiplicado entre los Atenienses los objetos del

culto. Recibieron de los Egipcios las doce principales divinidades; y las demas, de los Libios y de otros pueblos. Despues se prohibió con pena de muerte admitir cultos extrangeros sin un decreto del areopago, solicitado por los oradores públicos. Hace un siglo que habiéndose hecho mas condescendiente este tribunal, han hecho una irrupcion en la Atica los dioses de Tracia y de Frigia, y de algunas otras naciones bárbaras, y se han sostenido con brillantez, á pesar de las burlas que resuenan en el teatro contra estas raras divinidades, y contra las ceremonias nocturnas celebradas en su honor.

Antiguamente fué una institucion muy bella consagrar con monumentos y fiestas la memoria de los reyes y de los particulares, que habian hecho grandes servicios á la humanidad. Este es el origen de la veneracion profunda que se conserva á los heroes. Los Atenienses cuentan en este número á Teseo, primer autor de su libertad; á Erecteo, uno de sus antiguos reyes; á los que merecieron dar sus nombres á las diez tribus, y á otros tambien, entre quienes es preciso distinguir á Hércules, que se pone ya en la clase de los heroes, ya en la de los dioses.

El culto de los heroes se distingue esencialmente del de los dioses, tanto por el objeto que se propone, quanto por las ceremonias que se practican. Los Griegos se postran ante la divi-

nidad para reconocer su dependencia, implorar su proteccion, ó darle gracias por sus beneficios. Consagran templos, altares, bosques, y celebran fiestas y juegos en honor de los heroes, para eternizar sus nombres, y recordar sus ejemplos. Se queman perfumes é inciensos sobre sus altares, al mismo tiempo que sobre sus sepulcros se derraman libaciones destinadas á procurar descanso á sus almas. Asi, los sacrificios que se hacen para honrarlos, no van propiamente hablando dirigidos sino á los dioses de los infernos.

En los misterios de Eleusis, de Baco, y de algunas otras divinidades se enseñan dogmas secretos. Pero la religion dominante consiste enteramente en lo exterior. No presenta ningun cuerpo de doctrina, ninguna instruccion pública; ni hay una estrecha obligacion de participar del culto establecido en dias señalados. En quanto á la creencia, basta parecer persuadido de que existen los dioses, y que recompensan la virtud, sea en esta vida, sea en la otra; en quanto á la práctica basta hacer de cuando en cuando algunos actos de religion, como por ejemplo, ir á los templos en las fiestas solemnes, y presentar sus ofrendas en los altares públicos.

El pueblo cree que la piedad consiste únicamente en la oracion, en los sacrificios y en las purificaciones.

Los particulares dirigen á los dioses sus oraciones al comenzar una obra. Oran tambien por la mañana, por la tarde, al salir y al ponerse el sol y la luna. Alguna vez van al templo con los ojos bajos, y un aire de recogimiento, presentándose en actitud de suplicantes. Los hombres prodigan á los dioses, al acercarse á los altares, todas las muestras de respeto, de temor y de lisonja que los cortesanos tributan á los soberanos al acercarse al trono. Besan la tierra, oran de pie, de rodillas, postrados, teniendo ramós en las manos, que levantan hácia el cielo, ó las tienden hácia la estatua del dios, despues de haberlos llevado á la boca. Si la ofrenda se dirige á los dioses infernales, entonces acostumbran dar golpes en el suelo con los pies ó con las manos, á fin de llamarles la atencion.

Algunos pronuncian en voz baja sus oraciones. Pitágoras queria que se dijese en voz alta, á fin de no pedir cosa de que hubiera que avergonzarse. En efecto, la mejor regla de todas sería hablar á los dioses como si se estuviera en la presencia de los hombres, y á los hombres como si se estuviera delante de los dioses.

En las solemnidades públicas, los Atenienses pronuncian en común sus votos por la prosperidad del Estado, y por la de los aliados, algunas veces por la conservacion de los frutos de la tierra, y por la lluvia ó buen tiempo; y otras ve-

ces para que los dioses los libren del hambre ó de la peste.

Muchas veces me sorprendió la magestad de las ceremonias. El espectáculo es pomposo. La plaza que precede al templo, y los pórticos que le rodean, están llenos de gente. Los sacerdotes se adelantan bajo del vestibulo, cerca del altar. Despues que el que oficia ha dicho con voz sonora: « hagamos las libaciones y oremos, » uno de los ministros subalternos, para exigir de los asistentes la confesion de sus disposiciones santas, pregunta: « ¿ quiénes son los que componen esta asamblea? — Gentes honradas, responden á una.—Pues silencio, añade. » Entonces se rezan oraciones adecuadas á las circunstancias. Despues los coros de niños cantan himnos sagrados, con voces tan afectuosas, y tambien ayudadas por el talento del poeta, atento á escoger asuntos que muevan, que la mayor parte de los asistentes derraman lágrimas. Mas por lo comun los cánticos religiosos son brillantes, y mas propios para causar alegría que tristeza. Esta es la impresion que se recibe en las fiestas de Baco, cuando uno de los ministros dice en alta voz: « invocad al dios; » y todos entonan al instante un cántico que empieza: « ¡ ó hijo de Semele! ¡ ó Baco, autor de las riquezas! »

Los particulares cansan al cielo con votos indiscretos, pidiéndole con ahinco que les conce-

da cuanto puede servir á su ambicion ó á sus placeres. Estas oraciones son miradas como blasfemias por algunos filósofos, quienes persuadidos á que los hombres no conocen bien lo que les importa, querrian que únicamente se atuviesen á la bondad de los dioses, ó á lo menos, que no les dirigiesen mas que esta especie de fórmula, escrita en una de las obras de un poeta antiguo : « vos que sois el rey del cielo, concedednos lo que nos es util, ya lo pidamos, ya no lo pidamos; y negadnos lo que nos es dañoso, aun cuando os lo pidamos. »

En otro tiempo no se presentaba á los dioses otra cosa que los frutos de la tierra; y todavia se hallan en la Grecia muchos altares, en que no es permitido sacrificar víctimas. Los sacrificios sangrientos se introdujeron con dificultad. El hombre se horrorizaba de meter el cuchillo en el seno de un animal destinado á la labranza, y hecho el compañero de sus trabajos: una ley expresa se lo prohibia con pena de muerte; y el uso general le obligaba á abstenerse de la carne de los animales.

El respeto que se tenia á las tradiciones antiguas, está atestiguado por una ceremonia que se renueva todos los años. En una fiesta consagrada á Júpiter, se ponen ofrendas sobre un altar, y por cerca de él hacen pasar algunos bueyes; y de ellos debe ser inmolado el que toque estas

ofrendas. Varias doncellas jóvenes llevan agua en unos vasos, y los ministros del dios los instrumentos del sacrificio. Apenas dan el golpe á la víctima, cuando el victimario, lleno de horror, deja caer el hacha, y se pone en fuga. Sin embargo, sus cómplices comen de la víctima, cosen el pellejo, lo llenan de paja, uncen al arado esta figura informe, y van á justificarse ante los jueces, que los han citado á su tribunal. Las jovencitas que llevaron el agua para aguzar los instrumentos, echan la culpa á los que en efecto los afilaron; estos últimos á los que degollaron la víctima, y estos á los instrumentos, que son condenados y echados al mar, como autores de la muerte.

Esta ceremonia misteriosa viene de la mas remota antigüedad, y recuerda un suceso que pasó en tiempo de Erecteo. Habiendo puesto un labrador su ofrenda sobre el altar, mató á un buey que habia comido parte de ella; púsose en fuga, y formaron causa al hacha.

Cuando los hombres se alimentaban de los frutos de la tierra, cuidaban de reservar una parte para los dioses. Lo mismo practicaron cuando comenzaron á alimentarse con carne de animales; y acaso vienen de aquí los sacrificios sangrientos, que en realidad no son mas que comidas destinadas á los dioses, y de las cuales se hacia participantes á los asistentes.

El conocimiento de un monton de prácticas y menudencias constituye la ciencia de los sacerdotes. Ya se derrama agua sobre el altar, ó sobre la cabeza de la víctima, ya miel ó aceite. Mas comunmente se la rocía con vino, y entonces se queman sobre el altar palos de higuera, de mirto ó de vid. No exige menos atención el escoger la víctima. No debe tener mancha, ni defecto, ni enfermedad alguna; pero no todos los animales son igualmente aptos para el sacrificio. Al principio no se ofrecían sino los animales que servían de alimento, como el buey, la oveja, la cabra, el cerdo, etc. Despues se sacrificaron caballos al sol, ciervos á Diana, y perros á Hécate. Cada pais y cada templo tiene sus usos. El odio y el favor de los dioses son igualmente dañosos á los animales que les están consagrados.

¿ Y por qué se pone sobre la cabeza de la víctima una torta amasada con harina de cebada y sal; le arrancan el pelo de la frente, y la echan en el fuego? ¿ Por qué le queman las piernas con leña hendida?

« Cuando yo instaba á los ministros de los templos á que me explicasen estos ritos, me respondian, como lo hizo un sacerdote de Tebas, á quien pregunté, ¿ por qué los de Beocia ofrecían anguilas á los dioses? « Nosotros observamos, « me respondió este, las costumbres de nuestros

« padres, sin creernos obligados á justificarlos « ante los extranjeros. »

La víctima se reparte entre los dioses, los sacerdotes, y los que la ofrecen. Las llamas devoran la parte de los dioses: la de los sacerdotes es parte de su renta: la tercera sirve de pretexto á los que la reciben, para convidar á sus amigos. Queriendo algunos ostentar su opulencia, intentan distinguirse con sacrificios pomposos. He visto alguno, que despues de haber sacrificado un buey, adornaba con flores y cintas la parte anterior de su cabeza, y la colgaba á su puerta. Como el sacrificio del buey es el mas apreciado, los pobres hacen tortas pequeñas de la figura de este animal, y los sacerdotes tienen á bien contentarse con esta ofrenda.

Con tal violencia domina la supersticion en nuestro espíritu, que hizo feroz al pueblo mas benigno de la tierra. En otro tiempo eran muy frecuentes entre los Griegos los sacrificios humanos: lo eran casi entre todos los pueblos, y lo son todavía entre algunos. Cesaron por fin, pues que las crueldades absurdas ceden tarde ó temprano á la naturaleza y á la razon. Lo que durará mas tiempo, es la ciega confianza que se tiene en los actos exteriores de religion. Los hombres injustos, los malvados mismos, osan lisonjearse de que corromperán á los dioses con dones, y los engañarán con las exterioridades de

la piedad. En vano levantan el grito los filósofos contra un error tan peligroso; y siempre será apreciable á la mayor parte de los hombres, porque siempre será mas facil tener víctimas, que virtudes.

Un dia se quejaron los Atenienses al oráculo de Amon, de que los dioses se declaraban en favor de los Lacedemonios, quienes no les ofrecian sino pocas víctimas, flacas y mutiladas. El oráculo respondió que todos los sacrificios de los Griegos no valian tanto como la oracion humilde y modesta, en que los Lacedemonios se contentan con pedir á los dioses los verdaderos bienes. El oráculo de Júpiter merrecuerda otro, que no hace menos honor al de Apolo. Hallándose en Delfos un rico de Tesalia, ofreció con grande aparato cien bueyes, cuyas hastas estaban doradas. Al mismo tiempo un pobre ciudadano de Hermione sacó de su alforja un puñado de harina, y la echó en el fuego que ardia sobre el altar. La Pitia declaró que la ofrenda de este hombre era mas agradable á los dioses, que la del de Tesalia.

Como el agua purifica el cuerpo, se ha creido que purificaria tambien el alma, y que produciria este efecto de dos modos, sea quitándole toda mancha, sea disponiéndola para no contraerlas. De aquí nacieron dos suertes de lustraciones, unas expiatorias, y otras preparatorias. Con

las primeras se implora la clemencia de los dioses, y con las segundas su auxilio.

Se cuida de purificar á los niños poco despues de haber nacido; á los que entran en los templos; á los que han cometido una muerte, aunque sea involuntaria; á los que padecen ciertas enfermedades, miradas como señales de la ira del cielo, tales como la peste, el frenesi, etc.; últimamente á todos aquellos que quieren hacerse agradables á los dioses.

Esta ceremonia se ha aplicado insensiblemente á los templos, á los altares, á todos los lugares que la divinidad ha de honrar con su presencia; á las ciudades, á las calles, á los campos, á los sitios profanados por el crimen, ó á aquellos á que se quiere atraer el favor de los dioses.

Anualmente se purifica la ciudad de Atenas el dia 6 del mes targelion. Siempre que la ira de los dioses se declara por el hambre, la epidemia ú otras plagas, se trata de hacerla caer sobre una muger ó un hombre, que el Estado mantiene para ser, en caso necesario, víctimas expiatorias, cada una de su sexo; las que pasean por las calles al son de instrumentos, y despues de haberlas dado algunas varadas, las echan fuera de la ciudad. En otro tiempo las condenaban al fuego, y arrojaban al viento sus cenizas.

Aunque el agua del mar es la mas conveniente para las purificaciones, se usa mas á menudo la

que se llama lustral; que es agua comun, en la cual meten un tizon ardiendo, tomado del altar, cuando se quema en él la víctima. Se llenan de ella los vasos que están en los vestibulos de los templos, en los lugares donde se tiene la asamblea general, y al rededor de los féretros, en que ponen los muertos á la vista de los pasajeros.

Puesto que el fuego purifica los metales; que la sal y el nitro quitan las manchas, y conservan los cuerpos; y que el humo y los olores agradables pueden libertar de la influencia del aire corrompido, se ha ido creyendo poco á poco que debian emplearse estos y otros medios en las diferentes lustraciones. Así es que se ha atribuido una virtud secreta al incienso que se quema en los altares, y á las flores con que se hacen coronas: así es tambien que una casa recobra su pureza con el humo del azufre, ó con el rocío de una agua en que se ha echado algunos granos de sal. En ciertas ocasiones basta dar vueltas al rededor del fuego, ó ver pasar por cerca de sí algun perrito ú otro animal. En las lustraciones de alguna ciudad llevan paseando al rededor de los muros las víctimas destinadas al sacrificio.

Varian los ritos á proporcion que el objeto es mas ó menos importante, y la supersticion mas ó menos fuerte. Unos creen que es esencial zambullirse en el rio; otros, que basta meter en él

siete veces la cabeza: la mayor parte se contentan con meter las manos en agua lustral, ó recibir su aspersion de manos del sacerdote que á este efecto se pone en la puerta del templo.

Cada particular puede ofrecer sacrificios en un altar puesto á la puerta de su casa, ó en una capilla doméstica. Aquí es donde yo he visto muchas veces á un padre virtuoso, rodeado de sus hijos, confundir la ofrenda de estos con la suya, y formar votos dictados por la ternura, y dignos de ser atendidos. No debiendo ejercerse este sacerdocio, sino en una misma y sola familia, ha sido preciso establecer ministros para el culto público.

No hay ciudad donde se hallen tantos sacerdotes y sacerdotisas como en Atenas; porque no la hay tampoco donde se hayan erigido mas templos, é instituido tanto número de fiestas.

En los diversos pueblos de la Atica y del resto de la Grecia, basta un sacerdote solo para el servicio de un templo: en las ciudades de alguna tal cual poblacion se reparten los cuidados del ministerio entre muchas personas, que forman como una comunidad. A su cabeza está el ministro del dios, calificado algunas veces con el título de gran-sacerdote. Bajo de él está el neocoro, encargado de velar en la decoracion y limpieza de los lugares santos, y de echar agua lustral sobre los que entran en el templo; los

sacrificadores que degüellan las víctimas; los arúspices que examinan sus entrañas; los heraldos que arreglan las ceremonias, y despiden la junta. En algunas partes se da el nombre de padre al primero de los ministros sagrados, y el de madre á la primera sacerdotisa.

Se confian á legos las funciones menos santas, relativas al servicio de los templos. Unos tienen el cargo de cuidar de la fábrica y de la custodia del tesoro; otros asisten á los sacrificios solemnes, como testigos é inspectores.

Los sacerdotes celebran sus oficios con ornamentos preciosos, en que están trazados con letras de oro los nombres de los particulares que los han regalado al templo. Esta magnificencia tiene cierto realce por la belleza del rostro, por la magestad de la presencia, por el sonido de la voz, y sobre todo por los atributos de la divinidad, cuyos ministros son. Así es que la sacerdotisa de Ceres se presenta coronada de adormideras y espigas; y la de Minerva con la egida, la coraza, y un casco adornado con garzota ó penacho.

Muchos sacerdocios están anexos á casas antiguas y poderosas, y pasan de padres á hijos. Otros los da el pueblo.

Nadie puede ocuparlos sin un examen que se hace de la persona y costumbres. Es preciso que el nuevo ministro no tenga deformidad al-

guna en el cuerpo, y que su conducta haya sido siempre irreprochable. En punto á conocimientos basta que sepa el ritual del templo donde ha de servir; que haga las ceremonias con decoro, y sepa distinguir las diversas especies de ofrendas y oraciones que se deben hacer á los dioses.

Algunos templos están servidos por sacerdotisas: tal es el de Baco, que está en el cuartel de los Pantanos. Son catorce, y las nombra el arconte-rey. Se las obliga á guardar continencia rígida. La muger del arconte, llamada la reina, las inicia en los misterios que ellas tienen como en depósito; y antes de ser recibidas á esta iniciación, se exige de ellas un juramento, en que testifican que siempre han vivido en pureza, y sin comercio alguno con los hombres.

Hay destinados algunos ramos de rentas para la manutención de los sacerdotes y gastos de los templos. Desde luego se saca de las confiscaciones y multas la décima para Minerva, y la cincuentésima para las otras divinidades, y además se consagra á los dioses el diezmo de los despojos quitados al enemigo. En cada templo hay dos oficiales, conocidos con el nombre de parasitos, que tienen el derecho de exigir una medida de cebada á todos los propietarios del distrito que les está señalado: en fin hay pocos templos que no posean casas y tierras.

Estas rentas, á que hay que añadir las ofren-